

32
+

SEMINARIO TEOLOGICO SALESIANO

CALLE COLOMBIA

SALAMANCA



REVERENDO

D. LEANDRO AYUSO MADEJON

Queridos hermanos:

El 24 de abril, descansó en la paz del Señor, bajo el manto de María Auxiliadora,

D. Leandro Ayuso Madejón

Había nacido en Bernuy de Zapardiel (Ávila), un pueblecito próximo a Fontiveros, patria de San Juan de la Cruz, el 27 de febrero de 1893. Tenía, pues, 80 años cumplidos. A pesar de su edad hacía vida normal. El día de Pascua, mientras me encontraba saludando a unos familiares de un ordenando, me avisan que D. Leandro se ha caído, mareado, y lo han llevado a su cuarto. Voy allá; ya le estaba asistiendo el enfermero y temiendo que fuera una hemiplejía, al recobrar el sentido, le hice que moviera los brazos y las piernas, lo cual hizo, y me tranquilizó. Llegó el médico, se reanimó y le ordenó que no se levantara.

Celebramos solemnemente la ordenación de los 33 nuevos sacerdotes; después de la mise me acerqué para ver cómo se encontraba y le noté mal.

Poco antes de comer me llaman corriendo, pues parecía que entraba en agonía. Llevamos los santos óleos, y mientras el Sr. Obispo, salesianos, misacantanos y familiares de éstos comenzaban a comer, acompañado de D. Cosme Robredo, Vicario de la Casa, de D. Esteban Ruiz y del enfermero D. Antonio Morán, le administré el sacramento de los enfermos.

No volvió a recobrar el sentido. Se le aplicaron los pocos remedios que se podía, dado su caso, y a los dos días, sin haber dado casi nada que hacer, mientras con dos estudiantes de Teología le acompañaba, entregó su alma a Dios. Murió como había vivido, sencillamente.

El funeral resultó solemnisimo. Lo presidió el Sr. Inspector, que tuvo también unas palabras sobre el finado, acompañado de los sacerdotes de la casa, hermanos de las comunidades de Salamanca, Béjar, Madrid, León, Zamora, Medina del Campo, y casi todos los noveles sacerdotes.

También nos acompañaron las Hijas de María Auxiliadora, amigos y algunos parientes. En el cementerio, un teólogo leyó unas emotivas palabras de despedida. Su cuerpo reposa en el panteón salesiano, junto a los restos de D. Angel de Dios, D. Anastasio Crescenzi, D. José Canal, el clérigo D. Francisco Franco y otros hermanos fallecidos en Salamanca.

D. Leandro entró como aspirante en la casa de Carabanchel Alto el año 1910 a la edad de 17 años y después de dos cursos pasó a Campello (Alicante).

Vuelve a Carabanchel el año 1914 para hacer el Noviciado y allí mismo cursa la Filosofía, un poco irregularmente. La primera profesión la hizo en julio de 1919.

Un período de su vida que recordó siempre fue el de su servicio militar del cual contaba con frecuencia hechos y sucesidos.

La profesión perpetua la emitió en Sarriá (Barcelona) en 1922 y allí cursa la Teología. Fue ordenado sacerdote el 19 de setiembre de 1925 en Lérida a la edad de 32 años.

En Valencia pasa los primeros años de su sacerdocio encargado de los Cooperadores.

En 1927 marchó a la India, donde estuvo como misionero hasta principios de 1949 en que volvió a España. El curso 1949-50 lo pasó en Carabanchel, de allí pasó a Arévalo como confesor y el año 1957 volvió a Carabanchel y al trasladarse el Teólogo a Salamanca vino también él aquí y aquí permaneció hasta su muerte.

Muchos de los sacerdotes que hoy trabajan en las Inspectorías de Madrid, Bilbao y León son testigos de su vida en los últimos años.

Sencillo, celoso, piadoso, devoto, se paseaba por los largos corredores de nuestro Estudiantado con el rosario en la mano, preocupado por todo lo que ocurría en casa.

«Siempre le gustaba dar las buenas noches, dice un teólogo, para hablarnos de sus aventuras misioneras. Cuando hablaba de la India siempre le faltaba tiempo. Le agradaba que lo llamaran para confesar. El Colegio de Los Pizarrales es testigo de ello; siempre estaba dispuesto ante cualquier llamada».

«En sus misas nunca se apresuraba, y recitaba muy lentamente las palabras. Un grupo de compañeros salíamos de viaje. La misa tenía que ser antes de levantarse la comunidad. Recuerdo que la noche anterior se me acercó y me dijo: Dile a tus compañeros que sean puntuales, porque yo en la misa no corro, no corro, ¡¡sólo faltaba eso!!».

De sus andanzas por la India, me escribe un veterano misionero de aquellas tierras, D. Hiscio Morales:

«Indudablemente la India perdió uno de sus mejores misioneros cuando el P. Ayuso regresó a España para no volver a sus misiones, por razón de salud. Estoy convencido de que al saber la noticia de su muerte le llorarán muchos de nuestros misioneros de la India que le conocieron y las gentes que le trataron y fueron objeto de sus preocupaciones. Todos admirarán su gran celo y sacrificios para ganar almas para el Reino de Nuestro Señor Jesucristo.

Llegó a la India el año 1928, ya con poca salud. Con todo pudo en él más su celo por las almas que el cuidado de su salud. Por todas partes por donde pasó haciendo el bien, dejó el grato recuerdo de su trabajo y de su fe. 'Era un gran misionero', decían cuantos le conocieron.

Su primer campo de trabajo fue nuestra Escuela Industrial de Shillong donde demostró sus dotes de educador en la formación de nuestros indiecitos. Pero no paró mucho en Shillong. Los superiores se dieron cuenta de que su celo requería otro campo de apostolado y lo mandaron a la misión de Krishnagar, recientemente confiada a nuestra Congregación.

Las dificultades de aquella misión eran enormes y de mucha responsabilidad. Un clima tórrido y húmedo, un suelo calcinado por el sol, una lengua (el bengalí) difícil de aprender... y, sobre todo, los prejuicios de la población en su mayoría hindúes y musulmanes. El número de cristianos era muy reducido. Con tantas contradicciones, junto a su precaria salud podemos comprender lo que tuvo que soportar en esta su primera misión. Pero contra esas dificultades poseía un robusto espíritu de caridad y trabajo incansable, que lo hacían amable a todos. Los distritos de Ranabondo y Berhampore gozaron de su celo. Los cristianos que él bautizó y cuantos le conocieron lo recordaban después de muchos años cuando había sido trasladado a otras misiones.

Pero la salud de nuestro P. Ayuso iba de mal en peor. Su superior, Mons. Bars, propuso que dejara aquella misión (aunque con mucho dolor porque la amaba entrañablemente) y nuestro misionero partió para el Assam, de clima un poco mejor y un pueblo más noble y dócil que el bengalés.

En Assam trabajó con el mismo celo, sin cuidarse para nada de su salud. Dos misiones tuvo, una después de otra: Darramg y Dibrugarh, dejando siempre en todas partes el recuerdo de su trabajo y sacrificio por la gloria de Dios y el bien de tantos necesitados. Los misioneros que le sucedieron en estas misiones, aseguraban que los cristianos le recordaban con mucho cariño y alababan su apostolado y espíritu de trabajo».

D. Hiscio añade varios casos, los cuales le dieron fama de santo y de profeta:

«En Berhampore tuvo lugar un episodio singular. En aquel poblado de pocos cristianos, engañados éstos por los paganos, que les inducían a despreciar a un hombre blanco que sólo había ido a la India a engañarlos y a hacerse rico, la pequeña grey se iba marchando. Nuestro misionero sentía en el alma esta situación y lloraba y rezaba ardientemente pidiendo al Señor ayuda que no tardó en venir.

Como si alguien hubiera lanzado un pregón al domingo siguiente vio, con alegría, que la capilla estaba llena como nunca. Así aprovechó el Padre para catequizar a la asamblea reunida sobre el grave pecado de la maledicencia, exhortándoles a huir de aquellos que les iban induciendo con supercherías, desprestigiando a los Pastores que el Señor Jesús les enviaba para sostenerlos en la fe y alcanzar la vida eterna... Pero gran parte de la Asamblea se reía y se burlaba de las palabras del Padre. Habían ido a Misa para eso: para decirle que no contara para nada con ellos que ya tenían otra religión en la que serían más felices.

Nuestro misionero, después de unos instantes de silencio, habló de nuevo y les dijo: «Queridos míos. Hace unos años se desencadenó en este poblado la ira de nuestro Dios y murieron, por sus pecados, centenares de los vuestros atacados por el cólera. Pues bien: yo digo y no miento que por vuestros pecados vais a morir con la misma muerte que ellos tuvieron, si ahora mismo no hacéis penitencia. De Dios nadie se burla y El defiende a su Iglesia».

Pero estas palabras no enternecieron a su auditorio. Aquella misma noche una mujer, que era la que más cizaña sembraba en el poblado, moría fulminada como por un rayo. El cólera había hecho su aparición cuando nadie lo esperaba. En una semana murieron por el cólera algo más del diez por ciento de la población. Confusos y humillados los que quedaron con vida, arrepentidos de veras se hicieron hasta apóstoles entre los paganos, y aumentaron los bautismos considerablemente.

En Darramg tuvo otro episodio semejante al narrado arriba. Había en el poblado un cristiano de muy malas costumbres y que pervertía a muchos inocentes, sembrando discordias entre la grey; y señalando que la culpa de todo era del misionero, al que insultaba irreverentemente. Nuestro misionero le reprendió amablemente y le dijo: «Si sigues por ese camino, el castigo de Dios te vendrá pronto». No se corrigió, antes al contrario obró peor. Nuestro misionero le volvió

a hablar y acto seguido contrajo una enfermedad que lo postró en cama, donde murió dando aullidos y comido de gusanos. Todo el poblado reconoció que ciertamente el misionero había sido informado por Dios de la trágica muerte por no haberse arrepentido de sus pecados».

Un hermano atestigua:

«Con insistencia machacona llevaba a sus penitentes a una rigurosa observancia de principios fundamentales.

La piedad era una constante en sus orientaciones espirituales. Piedad cifrada de manera especial y explícita en los sacramentos y en la verdadera y entusiasta devoción a María Auxiliadora.

Con verdadera energía de paladín defendía los valores de la vida religiosa y el genuino espíritu salesiano señalando la figura de Don Bosco como providencial, y argumento de verdad».

Fue todo un símbolo de pobreza; a su muerte nada pudo ser distribuido porque nada poseía; y aun sus prendas personales, limpias y cuidadas, estaban bien usadas.

Su obediencia si fue ejemplar no fue despersonalizada. Con verdadera valentía insinuaba a los superiores cuanto creía más procedente, y aun manifestaba su discrepancia si era preciso, cuando era tiempo y lugar, acatando luego respetuosamente los detalles más mínimos de la autoridad.

Conservaba aún sus apuntes espirituales del Noviciado con los propósitos tomados en el año 1914 y de otros años posteriores; lo mismo que el «celebret», firmado por D. Rinaldi el 25 de noviembre de 1927 y su licencia del servicio militar, firmada en Madrid el 15 de enero de 1923.

He aquí algunos pensamientos espigados en sus apuntes espirituales:

Procuraré evitar:

1. El orgullo, hijo predilecto de la soberbia.
2. La ligereza, madre de la inconstancia y de la distracción.
3. El espíritu mundano.
4. La singularidad, hermana del amor propio.
5. El espíritu de crítica, origen de las discordias.

Reconoceré en todas las cosas la mano de Dios, y me conformaré siempre a su voluntad. No descansaré hasta haber alcanzado una tierna devoción a la Santísima Virgen, mi Madre y Señora.

No dejaré pasar ningún día sin rezar una parte del Santo Rosario.

Evitaré todo pecado venial deliberado.

Su amor a la Virgen Santísima, San Josué, D. Bosco, su entusiasmo por todo lo salesiano y sacerdotal, su pobreza y despego de las cosas son un ejemplo.

Era austero como buen abulense, y además formado en aquella austeridad de los años de la Primera Guerra Europea, cuando debían abundar muy poco en bienes materiales Campello y Carabanchel. No nos será difícil imaginar la serie de estrecheces que pasarían aquellos aspirantes y novicios.

Esta muerte de D. Leandro, es como el riego de sangre que descendió en el día de la ordenación de nuestros hermanos. Quedará en sus vidas grabada su figura de sacerdote y su muerte como grano de trigo que se entierra en la tierra en sementera fecunda, en esperanza de una florecer esperanzador.

Ahora que nos ha dejado sentimos el vacío, pero sabemos que cerca de Dios intercederá por nosotros.

Lo encomiendo a vuestras fervorosas oraciones; acordaos también de este Teologado y os envío el saludo cordial de los hermanos de esta casa.

Afmo. en Don Bosco.

ADOLFO GONZALEZ MIGUEL, director

Salamanca, 30 mayo 1973

Datos para el Necrologio:

Sac. Leandro Ayuso Madejón.

Nació en Bernuy de Zapardiel (Avila - España) el 27 de febrero de 1893.

Falleció en Salamanca - Teologado el 24 de abril de 1973 a los 80 años de edad, 54 de profesión y 48 de sacerdocio.